

EL MORADOR DEL SILENCIO

El aire está lleno de un sonido amortiguado, a distancia, tan alejados como si viniesen de otro mundo, suenan los lúgubres tañidos de alguna antigua catedral. El viento, estancado, deja paso a un ambiente plomizo, tan cargado que su concentración parece levantar un hedor de inmundicia que procede de la hojarasca putrefacta y de las paredes inundadas de líquen y de mildiú. De repente, se oye un agudo estruendo, como si los pilares de la tierra hubiesen sido agitados por las manos de un gigante, salvo que el estruendo se produce en el cielo. Se avecina una tormenta. Llegan las ráfagas del frío, tan indómitas que hacen girar las copas de los árboles.

Pronto aparecen los nubarrones, desplegándose, haciendo brumoso el contorno del cielo, y dejando una sensación ominosa en todos los corazones. Debajo, moviéndose entre la hojarasca hay un joven que pasea solo por el cementerio, se ha perdido en los tortuosos caminos de las angostas calles en la edificación. Pero, un momento, ¿por qué corre? Su mirada está llena de pavor, y de trecho en trecho mira hacia detrás entre jadeos de angustia.

¡Dios mío, alguien le persigue!

Entonces, el estallido de la tormenta desata los elementos y comienza a irrumpir el tremendo aguacero. La vela que el muchacho sostiene se apaga de pronto, dejándolo a oscuras en aquel sórdido lugar. Sigue a tientas avanzando por entre los nichos de las paredes, y, férreo en la persecución perdura aquel cuerpo extremadamente esbelto.

El extraño, de continente enjuto, tiene unos ojos famélicos, que brillan fosforescentes entre las tinieblas con una luz roja y vidriosa, y unas manos asarmentadas de uñas puntiagudas, pero, ¿qué lo hace tan horripilante? ¿Por qué parece tan sobrenatural? ¡Sí, es su rostro exangüe; con sus dientes abominables sobresaliéndose de sus labios descoloridos! ¡Y su modo de caminar, furtivo, como el de un animal sediento de sangre!

El joven corre, tropezándose, desesperado por conservar su alma, el cielo vuelve a resquebrajarse, ¡está cayendo granizo! Los pies los tiene doloridos y la ponzoñosa hojarasca mojada resbala, el muchacho cae al suelo torciéndose el tobillo, se da la vuelta, la figura está cerca, muy cerca, lo suficiente para arrojarse encima. Él, siente su cuerpo entumecido, y sin embargo tiene que reaccionar, ¿conseguirá escapar?

El grotesco espanto de la situación lo tiene paralizado, y súbitamente recobra algo los sentidos, el rancio efluvio de la descomposición del lugar lo hace entrar en la realidad. ¡Y sí, escapa a tiempo, y corre para salvar la vida! No obstante, el camino es sinuoso y el viento ululando y arrojando granizo, dificulta la vista, el perseguido intenta escrutar en la oscuridad, y, sin más, tan enérgicamente como apareció, cesa el granizo. La gélida atmósfera casi se ha

calmado y cerca se vuelven a escuchar los pasos, pasos de alguien o de algo que acecha sigiloso y tenaz, hasta se oye su agitada respiración! Los pasos se detienen, mas la respiración fluctuante está próxima, un espasmo sacude su cuerpo, y seguido, suena un repiqueteo continuo, es el glogloteo del agua, ¡qué horrenda situación, ya no se escucha nada salvo la descarga furiosa de las nubes! Delante, hay una tapia que cierra el paso, pero, ¡oh, júbilo de los júbilos! También hay una escalera apoyada. Sube, y la retira antes de saltar al otro lado. Sin embargo, no encuentra la salida, ¡está perdido en un redil! Pero, un momento, ¿qué es ese agujero que hay en la pared? ¿Es un nicho abierto? A pesar del frío suda copiosamente, suda de horror, el hediondo nicho desprende un repugnante y nocivo miasma, ¡es la muerte! No hay otra solución, no hay tiempo de elucubrar otra idea, el sujeto se introduce en la tumba. Tiene poca dimensión, pues el tacto, y sobre todo el olor revelan a otro morador, un morador con unas manos descarnadas, con un cuerpo mondo de carne y lleno de gusanos y de corrupción. El vaho es fatal, la situación espantosa, además, ¡oh, calamidad de las calamidades! Los pasos se vuelven a oír, el joven estalla ante el nefando descubrimiento, se desmaya.

Al despertar, la cabeza le da vueltas, pero no es una conciencia total, la bruma le rodea y su cuerpo se haya distante al igual que si estuviese sometido a un trance mesmérico. Los oídos le retumban levemente, apareciendo en ellos un ruido que lo envuelve, muy siniestro, como el canto de una sirena fantasmal, una luz blanca y cegadora se pasea delante de su vista, ¿son acaso los espíritus de la noche?

Todo está sumido en una profunda quietud, su cuerpo y su alma vuelven a desvanecerse, la calma era el lenguaje del país del silencio, y de pronto, un sonido, un despertar de los sentidos con el último aliento, un espeluznante ruido de succión, un cosquilleo punzante en el cuello, y un adiós. Una gélida corriente se llevó su alma para sepultarla allí, en el lugar donde ya nunca más volvería a tener paz. Estaría siempre maldito, como morador del silencio.